

A.C.N. DE P.

AÑO XLII

1 febrero 1965

NUM. 792

Depósito legal: M. 244-1958

LA IGLESIA HA DE TENER CONCIENCIA DE LA MENTALIDAD moderna, pero ha de mantenerse fiel a sí misma

Hay que buscar en las raíces profundas de la Iglesia las normas seguras para su puesta al día

La "Ecclesiam suam" es la encíclica de la ascética del equilibrio y de la ponderación, tan raros hoy

CONFERENCIA DE DON ANTONIO BRIVA MIRABENT EN EL CENTRO DE LA A. C. N. DE P. DE BARCELONA

La primera conferencia del ciclo de Círculos de Estudios, organizado por el Centro de Barcelona, sobre la "Ecclesiam suam", estuvo a cargo del rector del Seminario Conciliar de Barcelona, don Antonio Briva Mirabent. Versó la conferencia sobre el sentido y alcance de la primera parte de la encíclica de Su Santidad Pablo VI.

Diversidad de reacciones ante la encíclica

Permitanme que al principio de esta conferencia les felicite por la elección del tema. Basta haber leído algunas de las revistas de actualidad para darse cuenta de las enormes diferencias que ha habido entre las distintas posturas tomadas ante esta encíclica. Para algunos, la "Ecclesiam suam" representa una especie de frenazo que ha impuesto Pablo VI a todo el movimiento de renovación de la Iglesia. Otros han visto en ella una especie de contravención a la orientación imprimida por el Concilio Vaticano II en la Iglesia. No han faltado quienes han hablado de un resurgimiento de lo que ellos llaman el carácter integrista del pontificado de Pío XII. Pero ha habido quienes han sabido ver en esta encíclica una reflexión seria, profunda, serena del momento actual de la Iglesia; un intento de buscar en las raíces profundas del ser de la Iglesia las orientaciones fundamentales del "aggiornamento", es decir, de la puesta al día que la Iglesia pretende en el momento actual mediante la celebración del Concilio.

Esta diversidad de reacciones ante la "Ecclesiam suam", a mi modesto entender, se debe a una falta de conocimiento de la personalidad y del pensamiento de Pablo VI, así como de la verdadera orientación de la Iglesia toda en su conjunto, es decir, de la Iglesia considerada como colegio episcopal y pueblo de Dios.

Pablo VI, el Papa continuador del Concilio

Antes de su elección a la Sede de Pedro, el Cardenal Montini fue presentado

por algunos como un obispo perteneciente a la corriente apellidada progresismo. Es más: si hojamos la prensa y leemos

los artículos aparecidos inmediatamente antes del cónclave, encontraremos artículos que glosan la personalidad del Cardenal Montini, dando a su perfil un marcado acento de hombre avanzado, y atribuyen a esta característica de su personalidad su título más preciado para ser elevado al Sumo Pontificado. Por esto ven en él al Papa futuro más cualificado para la prosecución del Concilio.

Ciertamente, Pablo VI era el hombre más preparado para llevar a feliz térmi-

DON ANGEL HERRERA ORIA, Cardenal de la Santa Iglesia

Su Santidad Pablo VI se ha dignado elevar al cardenalato al Obispo de Málaga, don Angel Herrera Oria.

Al recoger con gozo esta noticia, el BOLETIN de la A. C. N. de P. expresa al nuevo Cardenal su honda adhesión filial.

El próximo número estará dedicado a exponer la personalidad del nuevo Cardenal en sus relaciones con la A. C. N. de P.

no la magna empresa del Concilio Vaticano II, pero por razones muy distintas de las anteriormente mencionadas. Y si, teniendo en cuenta que Juan XXIII despojó al secreto del cónclave de la pena de excomunión, podemos dar crédito a algunas descripciones que se nos han hecho de la historia del que elevó a Pablo VI al papado, no podremos dudar de que una de las razones más poderosas de su elección fue precisamente esta su especial preparación para concluir la obra comenzada por su antecesor. No carece de interés observar que las primeras manifestaciones de Pablo VI están teñidas de una vivida conciencia de su misión especial acerca del concilio. Parece, por otra parte, que Dios lo hubiera preparado especialmente para esta misión.

Los largos años de permanencia en el Vaticano le daban un conocimiento perfecto de los problemas y de las personas de la curia romana, así como un amplio ámbito de contacto personal con numerosos obispos de la Iglesia católica. Era Arzobispo de Milán y, por consiguiente, tenía una experiencia pastoral de una de las capitales más importantes de Italia y también de la vitalidad industrial y comercial de Europa. Su sed de saber le ha dado una formación sólida y amplia. Gran jurista, experto diplomático, conocedor de la historia, buen teólogo, conoce perfectamente los problemas de la Iglesia contemporánea.

Durante su vida ha colaborado íntimamente con Pío XI, intimisimamente con Pío XII, y se ha sentido ligado con especiales vinculos de afecto y de sintonía espiritual con Juan XXIII. Con este último convivió durante las jornadas de la primera sesión del Concilio Vaticano II; nadie como él pudo seguir el pensamiento de Juan XXIII. Su intervención, única, por otra parte, en las sesiones conciliares, marcó una pauta inteligente y clara a las labores de la intersesión y de las futuras sesiones. Recogió en ella toda la inquietud, toda la fuerza juvenil que tenía en aquel mo-

Sentido trascendente y sobrenatural de la Iglesia

En la primera parte de la encíclica nos encontramos con el proemio necesario para enfocar toda la renovación de la Iglesia y señalar el lugar que le corresponde en el mundo contemporáneo con el diálogo que ha de tener consigo misma, con las otras confesiones cristianas, con las religiones no cristianas pero que admiten la divinidad y con el mismo ateísmo.

Giro en el planteamiento del diálogo

Sin tener presente esta primera parte no se entenderá la segunda parte, dedicada a la renovación, al establecimiento de las leyes de la renovación de la Iglesia, ni la tercera parte, que analiza la esencia y las leyes del diálogo eclesial.

La primera parte tiene un enfoque original: el Papa nos presenta la doctrina fundamental de la Iglesia en forma de toma de conciencia de la Iglesia y de los miembros de la misma sobre lo que es la Iglesia. Es una toma de conciencia que coge, podríamos decir, el volante de toda la Iglesia y quiere dar un giro, una media vuelta, a la orientación general que está viviendo el conjunto del seglarato de la Iglesia, el conjunto del clero de la Iglesia y hasta, en algunos momentos, parte del episcopado de la Iglesia. Esta orientación general que vi-

mento el Concilio y le dio un cauce, una orientación: "El Concilio Vaticano II tiene que ser—decía el entonces Cardinal Montini—la continuación del Vaticano I".

La "Ecclesiam suam", encíclica representativa de los últimos tiempos

Teniendo presente este esbozo de la figura de Pablo VI, se comprende la encíclica "Ecclesiam suam". Con sinceridad les diré—no por lo que podríamos llamar ética profesional de sacerdote conferenciante—que ésta es una de las encíclicas más representativas de los últimos tiempos. Es representativa de la mente del Papa, porque, como se ha subrayado en todos los comentarios, tiene la peculiaridad de estar escrita enteramente por el mismo Papa. Normalmente las encíclicas son fruto de la colaboración de los técnicos en las distintas ciencias sagradas con el Sumo Pontífice. En nuestro caso, el Papa es autor único de todo este documento.

Es representativa, además, del momento actual que vive toda la Iglesia. Leyendo atentamente las tres partes de la encíclica y parándose a reflexionar sobre los párrafos principales de la misma, se llega a la conclusión de que Pablo VI conoce a la perfección los problemas, inquietudes, nostalgias, deseos, proyectos e incluso los defectos y exageraciones contradictorias que se están viviendo en los ambientes eclesiales de hoy. Partiendo de este conocimiento y ahondando en los fundamentos doctrinales de la vida de la Iglesia, el Papa intenta dar una nota de serenidad y profundidad, de modernidad sumergida en una atmósfera de fundamental adhesión a la tradición, que da al documento las dimensiones de un monumento sorprendentemente maravilloso de la ponderación y equilibrio propiamente cristianos.

Hemos creído necesario alargarnos en la introducción general a la encíclica a fin de que se pueda ver toda la trascendencia intrínseca de su primera parte.

vimos hoy, en la cual somos más pasivos que activos, es una orientación hacia afuera: se habla más y se piensa más en la "misión" del seglar, en la "misión" del sacerdote, en la "misión" de la Iglesia que en la naturaleza de la Iglesia, del episcopado, del sacerdote, del seglar. Y el Papa quiere dar una vuelta casi "en redondo" a esta orientación inconsciente, pero real, de toda la Iglesia actual, y nos dice claramente: "Antes de proponernos el estudio de alguna cuestión particular y antes de considerar la actitud que ha de tomar la Iglesia respecto al mundo que la rodea, la Iglesia en este momento ha de reflexionar sobre sí misma para confirmarse en la ciencia del plan de Dios que ha elaborado sobre ella, para encontrar más luz, nueva energía y un gozo más grande en el cumplimiento de su propia misión."

La "Ecclesiam suam" a la luz de la "Pacem in terris"

Este viraje que hace el Papa tiene para él un sentido fundamental, que, como verán ustedes, incluso en la exposición de la segunda parte, va repitiéndose a través de la encíclica. Una reflexión sobre los documentos pontificios contemporáneos nos ayudará a comprenderlo. Hay una encíclica anterior, no de Pablo VI, sino de Juan XXIII,

que tiene una importancia extraordinaria para la Iglesia en este momento: la "Pacem in terris". La encíclica "Pacem in terris" es una encíclica sumergida en un ambiente de diálogo, de diálogo con el mundo. Para conseguirlo, el Papa Juan XXIII ha tomado como punto de partida no tanto el Evangelio ni lo que tiene de específico la moral católica como lo que tiene de específico la ética natural: se ha puesto en un plano ético. Desde luego, es una ética, la que nos presenta Juan XXIII en la "Pacem in terris", sumergida en el pensamiento cristiano (abundando incluso las citas evangélicas). Pero, consecuente con su idea de entablar un diálogo con todo el mundo, el Papa se pone en aquel plano en el cual se puede dialogar con los hombres todos: el plano de la razón, el plano de la ética. Esto es un acto genial de Juan XXIII. Mas algunos, que no han entendido la genialidad del Papa, quisieran reducir el cristianismo a una corriente de ética natural y, por consiguiente, variar a la Iglesia de lo que tiene de específico, convertir a la Iglesia de institución religiosa de salvación, y de una salvación sobrenatural, de una salvación nacida de la Redención y proyectada hacia la escatología, en una especie de sociedad salvadora del mundo en su temporalidad, en el momento de su vida sobre la tierra.

La Iglesia, potencia sobrenatural

Pablo VI en esta encíclica insiste varias veces, tanto en esta primera como en la segunda parte, en la "especificidad" de la Iglesia. La Iglesia ha de conocerse ante todo a sí misma para que pueda distinguirse por sus caracteres propios e inconfundibles. La Iglesia no es una institución puramente humana. Ella nace de un acto salvador de Dios, de una irrupción de Dios en el mundo, y se realiza por una irrupción de Dios en el individuo y en la sociedad, a la cual pasará a formar parte este individuo. Por esto dice el Papa que no hay que olvidar que en la Iglesia, la revelación divina se ha insertado en la vida humana por los caminos propios de la palabra de Dios y de la gracia de Dios, que se comunica interiormente a las almas mediante la captación del mensaje de salvación, el consiguiente acto de fe, en el cual está el inicio de nuestra justificación y los sacramentos. Diríamos que el Papa hace una afirmación de la sobrenaturalidad de la Iglesia y de la sobrenaturalidad de la entrada del hombre en la Iglesia y de su permanencia en ella. La importancia de esta afirmación se pone de relieve si se tiene en cuenta este ambiente que se ha formado en los que no han entendido la idea y la voluntad de Juan XXIII y han hablado de ellas con excesiva superficialidad. No es raro oír frases como las siguientes: la Iglesia ha renunciado a la infalibilidad, ha renunciado a hacer definiciones dogmáticas, ha renunciado a vivir una vida específicamente distinta de la de todos los demás hombres. Estas frases son fruto de un ambiente que nace de una mala inteligencia de la voluntad de la Iglesia, que Pablo VI mantiene en su encíclica, de entablar un diálogo con todos los hombres, de ponerse en este diálogo en el plano natural, que es el terreno en el cual la Iglesia puede dialogar más fácilmente con los mahometanos, con los budistas, con aquellos que profesan una religión apoyada directamente en un pensamiento puramente natural. Por esto, una vez el Papa ha querido subrayar lo específico de la Iglesia,

que es su sobrenaturalidad, exhorta a la vigilancia.

La vigilancia sigue siendo necesaria

Es interesante darse cuenta de lo difícil que es leer esta encíclica. La encíclica "Ecclesiam suam" es difícil de leer, porque el esquema—que lo hay—no es un esquema patente, no aparece; es un esquema latente. El paso que hace de la afirmación de la sobrenaturalidad de la Iglesia a la vigilancia, es un ejemplo claro del principio general, que acabamos de anunciar. A primera vista no encontraríamos un nexo íntimo; sin embargo, el nexo está precisamente en la necesidad de la vigilancia que tienen hoy el fiel, el sacerdote, el obispo, para, como él dice, "mantener presente y activa la conciencia del siervo fiel, que ha de determinar la conducta moral, la práctica y conducta moral que ha de caracterizar al cristiano en el mundo". Añade después: "La conciencia psicoló-

gica y la conciencia moral están llamadas por Cristo a una plenitud simultánea, casi como una condición para recibir los dones divinos de la verdad y de la gracia", tal como es consecuente que se realice en el hombre. Es decir, esta vigilancia a la cual nos exhorta Pablo VI ha de tener una doble vertiente: una vertiente de promoción humana en el mismo individuo, y una vertiente de promoción de una conciencia sobrenatural. Sólo cuando la conciencia psicológica y la conciencia moral están en un ambiente y además en una línea de promoción, de crecimiento, fundiéndose las dos, podrán darse cuenta de la receptividad que han de tener de los dones de Dios. Dicho de otra forma, si no hay una vigilancia constante, abierta y al mismo tiempo profunda, el hombre puede fácilmente quedarse en un plano puramente natural y no hacerse receptivo de estos dones de Dios, que, al fin y al cabo, son los que le constituyen en el orden sobrenatural.

Tres ideas capitales

El cristocentrismo de la Iglesia

De esta idea de vigilancia pasa Pablo VI a otra idea que parecería a simple vista que no tiene nada que ver con lo que nos acaba de decir. Si ustedes han leído el discurso de Pablo VI en el inicio de la segunda sesión del Concilio Vaticano II, recordarán la importancia que da en él a lo que podríamos llamar el "cristocentrismo". Recuerdo que las palabras de Pablo VI sobre la presidencia de Cristo en la Iglesia tuvieron una fuerza casi sugestiva en todo el ambiente, de suerte que producían aquel silencio que se da de vez en cuando en las grandes aulas, en las iglesias. Cuando Pablo VI nos recordó la presencia y presidencia de Cristo en la Iglesia, en el inicio de la segunda sesión, se formó un silencio casi absoluto que sólo tuvo otro momento parecido cuando, por primera vez en la historia contemporánea de la Iglesia, Pablo VI se dirigió a los protestantes y ortodoxos para pedirles perdón por la parte de culpa que haya podido tener la Iglesia Católica en la separación.

Pues bien: después de exhortarnos a la vigilancia, Pablo VI, en la "Ecclesiam suam", nos hace centrar la atención precisamente en el "cristocentrismo" de la Iglesia. La idea es la misma: la Iglesia es una sociedad sobrenatural, la Iglesia es una sociedad de una naturaleza específica; la vigilancia del fiel (y fieles somos todos en la Iglesia: el Papa, los Obispos, los sacerdotes, los seglares; particularmente y personalmente, todos somos fieles; cuando cumplimos un oficio podemos tener una potestad; pero como personas privadas, somos fieles), la

vigilancia en la pureza de esta visión sobrenatural, que se ha de fundar, sobre todo, en tener presente que Cristo es el centro de la Iglesia y de El depende toda la vida de la Iglesia. Dice el Papa: "Podríamos invitar a todos a hacer un acto de fe vivo, profundo, consciente, en Jesucristo Nuestro Señor. Deberíamos caracterizar este momento de la vida religiosa nuestra con aquella profesión de fe fuerte y convencida, aunque humilde y siempre temblorosa, semejante a aquella que leemos en el Evangelio proferida por el ciego de nacimiento a quien Jesús había abierto los ojos con su gran bondad: "¡Creo, Señor!"; o bien a la de Marta en el mismo Evangelio: "¡Sí, Señor; yo creo que Vos sois el Mesías, el Hijo de Dios que ha de venir al mundo".

La unión de los cristianos

Esta idea de Pablo VI es profundísima, aunque en la encíclica no la desarrolle plenamente. Centrarnos en Cristo es la forma, primero, de dar la máxima pureza a la Iglesia católica; pero es, además, la manera de reunir las miradas de todos los cristianos—católicos, protestantes, ortodoxos—en lo que realmente nos puede unir, que es Cristo; poner la primera piedra para el olvido de todas las divergencias accidentales que podamos tener y emprender el trabajo y la búsqueda de convergencia en aquellos puntos en los cuales actualmente divergimos. En la encíclica, el Papa no explicita toda esta amplitud de su pensamiento, sino que más bien nos hace deducir de este cristocentrismo la necesidad de unírnos con Cristo para tomar de El toda la fortaleza que necesitamos en la captación de nuestra propia vocación y en el cumplimiento de la misma.

La Iglesia en el marco del mundo actual

Hay unas frases muy hermosas que son de capital importancia para entender la encíclica. Son aquellas en las cuales el Papa coloca a la Iglesia en el marco del mundo actual: "Es conocido de todos—dice él—que la Iglesia está inmersa en la humanidad, que forma parte de ella, saca de ella sus miembros, extrae de ella tesoros preciosos de cultura, sufre sus vicisitudes históricas, favorece la prosperidad de la misma. Es conocido también que la humanidad en este tiempo está en camino de grandes transformaciones, de grandes altibajos, de desarrollos que cambian profundamente no

sólo sus maneras exteriores de vivir, sino también sus maneras de pensar", etc.

Lo inmutable en la Iglesia

En medio de esta presentación del mundo actual, y como de paso, nos hace esta advertencia: "De tal manera, que hay un peligro de vértigo, de perturbación, de desorientación, que puede hacer sufrir y puede sacudir en su misma solidez a la Iglesia e inducir a muchos a coger los pensamientos más extraños, como si la Iglesia se tuviera que negar a sí misma y tuviera que asumir formas de vivir nuevas e impensadas." La fidelidad a

Cristo para Pablo VI ha de tener como fruto inmediato y necesario la fidelidad de la Iglesia a su propia esencia. El mismo, y en otra parte de la encíclica, mantendrá lo que es la esencia misma del Concilio actual: el deseo de renovación, de reforma, de "aggiornamento"; sin embargo, ya en este momento pone como principio y fundamento la necesidad de mantener clara la idea de que en la Iglesia hay algo inmutable que ella misma no puede derogar, y que este algo inmutable es y ha de ser un fruto necesario de su adhesión a Cristo como cabeza del Cuerpo místico.

La continuidad de la Iglesia

Después sigue el Papa desarrollando ese pensamiento, haciéndonos ver lo que podríamos llamar la continuidad de la Iglesia. La Iglesia ha de tener conciencia de la mentalidad moderna: ha de amarla, ha de pensar que es la de los hombres a los cuales ha de salvar; sin embargo, ella ha de mantenerse fiel a las enseñanzas del Concilio de Trento, del Concilio Vaticano I, de las encíclicas de León XIII ("Satis cognitum") y de Pío XII ("Mystici Corporis"). Siguiendo un poco la literatura actual en materia teológica, se puede comprender la importancia que tiene que el Papa Pablo VI en esta encíclica se refiera especialmente a estas dos encíclicas: "Satis cognitum" y "Mystici Corporis". En la primera sesión del Concilio Vaticano II hubo un intento de no citar en ningún documento conciliar ninguna encíclica de Pío XII ni de los Papas anteriores. La idea era, como todas estas ideas, al mismo tiempo, aceptable en parte, y en parte, difícil de mantener. Era aceptable desde un punto de vista teológico: una encíclica es un documento de doctrina católica, de magisterio auténtico; el Concilio, si intenta definir sobre todo, es más que un documento de magisterio auténtico: puede ser un documento de magisterio infalible, y por consiguiente, citar unas encíclicas podría prestarse a darles más importancia de la que realmente tienen. Por otra parte, podría tener y ha tenido también en algunos ambientes una consecuencia falsa, que es la de pensar que realmente las encíclicas no gozan del valor que tienen y que tendrán siempre mientras los Papas quieran ejercer en ellas su magisterio. Por esto, el Papa Pablo VI subraya en esta encíclica la perennidad de las enseñanzas de León XIII y de Pío XII; y después de citar esta encíclica de Pío XII, desarrolla un poco la idea del Cuerpo místico, poniendo, como los dos goznes fundamentales de su pensamiento, primero la idea de unión con Cristo—nos encontramos de nuevo con la idea del "cristocentrismo" de Pablo VI—, y segundo, el carácter misterioso de la Iglesia.

El misterio de la Iglesia como realidad viviente

Para terminar esta exposición, que no puede ser exhaustiva, citaremos un párrafo crucial de la encíclica. Dice: "De hecho, la conciencia del misterio de la Iglesia es el resultado de una fe madura y vivida; produce en el alma aquel "sentido de Iglesia" (recuerden la frase de San Ignacio "sentir en la Iglesia") que inunda al cristiano que ha crecido en la escuela de la palabra divina, ha sido alimentado por la gracia de los sacramentos y de las inspiraciones inefables del Paráclito, excitado en la práctica de las virtudes evangélicas, penetrado de la cultura y de la vida de la comunidad de la Iglesia y profundamente gozoso de sentirse revestido de aquel

LO SAGRADO DEBE COMUNICARSE SIN CORROMPERLO; LO PROFANO DEBE SER ELEVADO SIN ALTERARLO

El Concilio trata de acrecentar en todos el carácter de autenticidad sobrenatural

EL CRITERIO CAPITAL DE LA REFORMA DE LA IGLESIA ES LA SEMEJANZA MAXIMA CON CRISTO

Conferencia de don José María Rovira Beloso en el Centro de Barcelona

Conferencia pronunciada en el Centro de la A. C. N. de P. de Barcelona por don José María Rovira Beloso, cura párroco de San Francisco de Sales y profesor de Teología Dogmática del Seminario Conciliar de la ciudad condal. Fue ésta la segunda conferencia pronunciada dentro del ciclo de estudios organizado por el Centro de Barcelona para comentar la "Ecclesiam suam". Tema de la exposición: "La renovación de la Iglesia", objeto de la segunda parte de la encíclica.

Dos postulados previos

Vamos a estudiar hoy, aunque sea someramente, la segunda parte de la "Ecclesiam suam". Quisiera presentar dos postulados previos para entender esta segunda parte, que habla de la renovación de la Iglesia.

Ideal y realidad de la Iglesia

Primer postulado previo: la imagen ideal de la Iglesia y la realidad histórica de esta misma Iglesia.

Pablo VI acepta esta contraposición. Nos lo dirá ya en el número ocho de la primera parte: La imagen ideal de la Iglesia tal como Cristo la vio, la amó y la quiso, y la faz real de esa Iglesia, tal como hoy se presenta históricamente, que, no obstante, es fiel a las grandes líneas de fundación de Nuestro Señor Jesucristo. El Papa, pues, no tiene miedo en con-

traer esa expresión terrestre de la Iglesia a la imagen ideal, al diseño original, tal como Cristo lo esbozó y lo realizó en su primera fundación aquí abajo. Y entonces, la conclusión que saca el Papa es que la Iglesia terrestre, la Iglesia en su expresión terrestre, tiende constantemente a asemejarse, a indentificarse con ese ideal que está en el pensamiento divino: "La Iglesia, perfecta en su concepción ideal, en el pensamiento divino, debe tender a la perfección en su expresión real, en su existencia terrena, y éste es el gran problema moral que domina la vida interior de la Iglesia." Este presupuesto pone inmediatamente a la Iglesia en un camino de tensión: la Iglesia no es solamente lo que hoy es, sino lo que debe ser. Esta segunda parte se entiende bien si se coloca bajo la perspectiva de lo que podríamos llamar la perfección de la Iglesia y la

perfección del hombre; o sea, la tendencia, la tensión de la Iglesia tal como la encontramos en su expresión terrestre, a esa imagen ideal, y la tensión y la perfección del hombre, que también ha de asemejarse al hombre tal como Cristo lo pensó, al "hombre nuevo", tal como está en el diseño divino.

La palabra de Cristo, dinámica interior de la Iglesia

Segundo postulado previo: ¿Hay una dinámica interior que dirija e impulse a la Iglesia en su expresión terrestre, en su expresión real, tal como es hoy, que la impulse hacia esa expresión ideal, tal como está en la mente de Cristo? Sí: la palabra de Cristo. La palabra de Cristo está—permitan la expresión—como sacudiendo constantemente a la Iglesia real, a la Iglesia tal como es hoy, para que esa Iglesia, en su expresión actual, se dirija, venga impulsada hacia esa perfección ideal, tal como Cristo la ha pensado.

Yo quisiera señalar aquí—no está en la encíclica, pero me parece que viene a tono—aquella cita de Mateo, capítulo VII: "Todo aquel que escucha mis palabras y las cumple, es semejante a un hombre prudente que tiene inteligencia y edifica su casa sobre la roca." Cristo fundó su Iglesia sobre la roca (Pedro), y a nosotros nos toca seguir edificando esa Iglesia sobre bases sólidas. ¿Cuál será la garantía de que fundamos sobre bases sólidas? Que escuchemos la palabra de Cristo y la pongamos en práctica.

Y esto creo que es todo el argumento de la segunda parte. La segunda parte vendría a decir: Quien critica a la Iglesia con el pleno derecho; quien le dice hacia adónde se debe dirigir, no son los hombres—los de dentro de la Iglesia o los de fuera de la Iglesia—, sino la palabra de Cristo. La palabra de Cristo somete a crisis a la Iglesia. Cuando Cristo, por decirlo así, comprende y ve que su Iglesia necesita una transformación, una renovación, su palabra suscita santos. El caso más típico es el del siglo XVI, cuando la Iglesia, en aquel período turbulento, encuentra unos reformadores humanos, que fracasan en su empeño y no sólo no consiguen edificar la Iglesia, sino que desgajan la unidad de la Iglesia. Y entonces viene la crítica que hace Cristo de todo eso, y una crítica que suscita santos: San Felipe Neri, Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola, San Juan de la Cruz, San Cayetano, San Carlos Borromeo, Roberto Bellarmino, etc. Todos estos santos son como la palabra profética que va a decir a la Iglesia cuál es su verdadero camino. Así, pues, la reforma de la Iglesia la hace la misma palabra de Dios. Este sería el segundo postulado.

Estos dos postulados indican que Pablo VI acepta prácticamente el principio

sacerdocio real que es propio del pueblo de Dios. El misterio de la Iglesia no es simple objeto de conocimiento teológico; ha de ser un hecho vivido en que, hasta antes de tener una noción clara, el alma fiel puede tener casi como una experiencia connatural; y la comunidad de los creyentes puede encontrar la certeza íntima de su participación en el Cuerpo místico de Cristo cuando se da cuenta de que es el ministerio de la Jerarquía eclesiástica el que, por divina institución, se preocupa de iniciarla, de engendrarla, instruirla, santificarla, dirigirla, de tal manera que, por medio de este bendito conducto, Cristo difunde en sus miembros místicos las admirables comunicaciones de la verdad y de su gracia y confiere a su Cuerpo místico, que está en peregrinación por el tiempo, su estructura visible, su noble unidad, el carácter funcional de su organismo, su armoniosa variedad y su belleza espiritual."

Después, Pablo VI hace un resumen maravilloso de lo que significa el bautismo para el cristiano; pero vamos a dejarlo para no alargarnos demasiado; y, en cambio, sí que quiero terminar diciendo una cosa. Yo he insistido durante toda esta exposición en lo que podríamos llamar la continuidad doctrinal de Pablo VI con los Papas anteriores, con el Concilio Vaticano I, con el Concilio de Trento. He insistido en la constante pre-

ocupación que tiene de mantener lo específico del cristianismo. He insistido en este salir al paso de las exageraciones que apuntan en la Iglesia actual. Esta insistencia podría llevarnos a pensar que Pablo VI es lo que se ha venido a llamar hoy un conservador. Esto es falso. Pablo VI no es ni un conservador ni un progresista. Pablo VI es, yo diría, un dechado de equilibrio teológico. Esta encíclica se ha llamado la encíclica de los "peros" porque, sobre todo en la segunda y en la tercera parte, constantemente está diciendo "tal cosa, pero tal otra"; es una encíclica dialéctica, nos expone constantemente un pensamiento matizándolo con todos los matices necesarios para que este pensamiento no se preste ni a un progresismo desbordado ni a un conservadurismo exagerado; tiene una ascética del equilibrio, una ascética de la ponderación, que es muy difícil encontrar en nuestro tiempo. Y si es cierto que en la primera parte, que es una parte eminentemente doctrinal, Pablo VI pone, como se dice vulgarmente, "los puntos sobre las íes", es para que después, al sacar las conclusiones de tipo práctico pueda orientar toda la reforma de la Iglesia partiendo de un fundamento sólido, claro, preciso, y que en la interpretación práctica, en la proyección práctica, tenga siempre toda la riqueza que tiene en su planteamiento doctrinal.

de "Ecclesia semper reformanda", en su buen sentido; la Iglesia está siempre en reforma, siempre en renovación, siempre en tensión. Porque Cristo no sólo es el fundador de la Iglesia, sino que vive en ella. (Véanse los otros aspectos de la encíclica. Esto no está en la segunda parte, pero sí que lo encontramos en la primera parte.) Cristo vive en la Iglesia y Cristo la dirige con su palabra, con su gracia.

División de la segunda parte de la encíclica

Vamos ya a hacer un análisis del texto. Haremos un análisis de lo que podrían ser las tres grandes subpartes de esta segunda parte, con el epílogo dedicado a la Virgen María.

En una primera parte veremos una serie de afirmaciones: La Iglesia debe ten-

Tendencia de la Iglesia, en su expresión real, a la perfección

La Iglesia como comunidad debe tender sin descanso a la perfección

Afirmación primera: La Iglesia ha de tender a la perfección en su expresión real. Dice el Papa: "La Iglesia, perfecta en su concepción ideal en el pensamiento divino, debe tender a la perfección en su expresión real, en su existencia terrena. Este es el gran problema moral que domina la vida interior de la Iglesia."

Aquí, pues, Pablo VI pone el problema de la reforma de la Iglesia no en un plano de oportunismo. Esto se ha dicho muchas veces: que la Iglesia, movida por las circunstancias del tiempo presente, hacia "marcha atrás" en algunas cosas, otras las cambiaba de una manera oportunista. Por el contrario, Pablo VI pone la renovación como una exigencia moral; con toda, podríamos decir, honradez, con la honradez de la fe.

De ello se deriva una consecuencia espiritual, que Pablo VI ha sido el primero en practicar: la Iglesia tiene que renovarse, tiene que despojarse de una serie de inmovilismos, de una serie, en fin, de situaciones de privilegio, de instalación, etc. (Pablo VI reconoce toda la provisionalidad de las estructuras eclesiales no constitutivas, no fundamentales. Las fundamentales, las que fundó el mismo Cristo, éstas durarán hasta que El vuelva; pero las otras tienen una cierta provisionalidad.) De ahí se deriva que la Iglesia pueda arrepentirse, pueda pedir perdón, al menos los que pertenecemos a la Iglesia. La Iglesia en su parte humana, puede pedir perdón de cosas que ha hecho y que no tendían hacia esa perfección ideal.

Por ejemplo, en el número 44 del discurso de apertura del Concilio, el Papa pide perdón de todo lo que en la historia de la Iglesia ha ocurrido de menos perfecto en esa tendencia hacia esa perfección de la Iglesia, que es el mismo Cristo: "Si alguna culpa se nos puede imputar por esta separación, nosotros pedimos perdón a Dios humildemente y rogamos también a los hermanos que se sientan ofendidos por nosotros, que nos excusen." En otra ocasión, Pablo VI pidió perdón a los artistas, a los que decía: La Iglesia, en vez de daros un conocimiento claro del misterio de Cristo y luego dejaros en libertad para que vosotros inventarais las formas pictóricas, escultóricas, más apropiadas que, fecundado vuestro entendimiento, vuestra imaginación por el misterio de Cristo, vosotros eligierais, la Iglesia muchas ve-

der a la perfección; el hombre, movido por la palabra de Cristo, debe tender a la perfección; esta perfección de la Iglesia y del hombre viene estimulada por las condiciones del mundo de hoy, y, finalmente, viene estimulada por las condiciones del mismo Concilio Euménico. Estas cuatro afirmaciones.

Una segunda subparte sería ver los falsos criterios de reforma. Frente a ese deseo de perfección de la Iglesia—la reforma de la Iglesia concebida como una perfección—, los falsos criterios. Esto es una cosa muy sencilla. Pablo VI emplea aquí un lenguaje muy descriptivo y muy gráfico.

Y, finalmente, los criterios verdaderos de reforma serían la tercera subparte. Y luego, el epílogo sobre la Virgen María.

Procuraré ser casi esquemático.

ces os ha dado unas normas tajantes, más bien de orden negativo, y os ha dicho "no os mováis de aquí", o bien os ha dicho: "imitad esos modelos", y en cierto modo os ha ligado el vuelo de la fantasía, de la imaginación y del espíritu creador. Y el Papa pide perdón, porque entonces la Iglesia no ha sido todo lo madre, o al menos la parte humana de la Iglesia; los hombres de la Iglesia, podríamos decir, no han sido todo lo paternales que podrían ser, dando a esos hijos, los artistas, todo el conocimiento de Cristo, para que ellos, en libertad, crearan las formas transitorias correspondientes a cada época.

Y todavía en una tercera ocasión, el Papa Pablo VI pide perdón—y voy a leer estas palabras porque son muy serias—, cuando en la iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén, hizo aquella hora santa, compuesta por él, en la cual dice: "Hemos venido como los culpables que vuelven al lugar de su delito. (O sea, todos hemos crucificado a Cristo, todos.) Hemos venido como el que te sigue, pero al que Tú también arrastras, fieles e infieles a la vez. (Esto está mucho en la dialéctica del Papa: somos a la vez fieles, los que creen, y somos a la vez infieles, los que le fallamos al Señor.) Fieles e infieles lo hemos sido muchas veces, y henos aquí para confesar la misteriosa relación entre nuestros pecados y tu Pasión, entre nuestra obra y tu obra. Henos aquí para golpear el pecho, para pedirte perdón, para implorar tu misericordia. Henos aquí porque sabemos que Tú quieres y Tú puedes perdonarnos." (Oración en la iglesia del Santo Sepulcro. "Ecclesia", 18 de enero de 1964, página 27.)

El cristiano está obligado a buscar continuamente la perfección

Segunda afirmación: No sólo la Iglesia en su conjunto tiene que tender a la perfección, sino también el hombre. Nosotros no sabríamos hacia dónde debe caminar el hombre si la palabra de Dios, que dirige la Iglesia, no nos dijera también dónde, en qué sentido, está la perfección del hombre. Es un párrafo un poco, podríamos decir, denso; pero se entiende muy bien visto bajo esta luz de la preocupación del Papa de dirigir la renovación de la Iglesia hacia una perfección ideal, Cristo, y de dirigir al hombre también hacia una perfección ideal, "el hombre nuevo", fundado en Cristo.

Dice el Papa: "Es un problema inherente a las realidades teológicas de las

que la vida humana depende. No se puede concebir el juicio sobre el hombre mismo; no sabríamos lo que es el hombre; no sabríamos lo que es su naturaleza, su perfección originaria, las numerosas consecuencias del pecado original; no sabríamos la capacidad del hombre para el bien y la ayuda que necesita para desearlo y realizarlo; careceríamos de noticias sobre el sentido de la vida presente y de sus fines, etc..., sobre el criterio de perfección y de santidad y sobre los medios y los modos de dar a la vida su grado más alto de belleza y de plenitud, sin referirnos a la enseñanza doctrinal de Cristo", o sea, su palabra. Si Cristo no nos enseñara lo que es el hombre, su camino de perfección, sus fracasos morales, espirituales, de todo orden; si la enseñanza de Cristo no nos dijera eso, estaríamos moralmente a oscuras: "La enseñanza doctrinal de Cristo y el consiguiente magisterio eclesialógico" nos iluminan sobre esto. De ahí deriva, continúa el Papa, un "anhelo de descubrir los caminos del Señor", una tendencia a la santidad, tal como Cristo nos la enseñó.

Pues bien; una vez hechas estas afirmaciones—la Iglesia debe tender a la perfección, el hombre debe tender también a esa santidad, de acuerdo con el enseñamiento de Cristo—, vienen los condicionamientos.

La situación del mundo consolida y exige la perfección de la Iglesia

El condicionamiento que supone la situación del mundo es una voz que, indirectamente, le dice también a la Iglesia: "Renuévate, dirígete hacia tu perfección, porque el mundo necesita de la Iglesia, y de una Iglesia santa en el más alto grado, para que ese mundo sea renovado." O sea, como dice el Papa, "ese anhelo de perfeccionamiento espiritual y moral se ve estimulado por las condiciones en que la Iglesia desarrolla su vida".

Las condiciones del mundo presente creo que las conocen mejor ustedes que yo, y no voy a ser yo el que diga en qué situación se halla el mundo. Únicamente yo me permitiría decir que es difícil captar el cambio profundo que el mundo vive. Si hacia el año 48 del siglo pasado a Balmes le costaba captar el sentido de la revolución industrial que se estaba fraguando, y si Balmes todavía era tímido en dar una solución global del problema social de su época y todavía creía que aquellas fuertes convulsiones podrían resolverse solamente, o casi solamente, en el plano de la caridad, y no veía toda la profundidad de aquel cambio de situación económica promovido por la revolución industrial, y Balmes era un superseleccionado de la época, ¿cómo no hemos de tener miedo nosotros de no comprender todo el cambio profundo de estructuras, de mentalidad, de formas de vida, que se está originando en el mundo actual? Repito que la situación del mundo la conocen mejor ustedes que yo; pero tal vez los sacerdotes podemos aportar lo que podría parecer, paradójicamente, un elemento de inseguridad, pero que, en definitiva, sirve para ser prudentes (como ese hombre prudente que antes decíamos, que escuchaba la palabra de Cristo y la cumplía, de Mateo, VII), para ser prudentes en nuestro juicio sobre el mundo. Es muy fácil que nos quedemos cortos sobre el alcance del cambio de vida que se está originando en el mundo de hoy. Ese mundo que más bien tiende a la unidad, que está en trance de una segunda industrialización o automación, que se siente más bien como uni-

dad global, que siente por primera vez que puede afrontar a escala mundial los problemas del hambre, de la vivienda, de la agricultura, de los países subdesarrollados; en el que se crea al mismo tiempo un sentimiento de solidaridad, un sentimiento de emancipación. Recuerden aquellos "signos de los tiempos" de la "Pacem in terris": el acceso de los pueblos jóvenes a la independencia, el acceso del elemento trabajador también a una independencia económica, y el acceso de la mujer a una posición preponderante en la vida. En fin, toda esa, podríamos decir, emancipación de los valores humanos, y al mismo tiempo la solidaridad de unos pueblos con otros; todo eso, atormentado todavía por el fenómeno marxista, por la aparición del ateísmo en el mundo, por la aparición de unas formas de vida, que a la vez son muy libres y a la vez son tímidamente comunitarias o lo quieren ser. Es un período de honda crisis. Y eso es un estímulo para que la Iglesia sea fiel a la palabra que Cristo le dice. "Porque—como dice el Papa—la Iglesia no vive separada del mundo, sino que vive inmersa en él." Esto es una cosa muy montiniana: lo repite por lo menos seis veces en la encíclica. En los números 5, 8, 9, 13, 21 y 64 se reproduce esa afirmación, siempre la misma: la Iglesia, que es el elemento sagrado en el mundo, que no es de este mundo, no obstante, no vive separada del mundo, sino que vive en él. Es toda la encíclica, en el fondo, una glosa de aquella palabra de Cristo: "no sois del mundo aunque estáis en el mundo".

La conexión entre lo sagrado y lo profano

Este ha sido siempre un tema de preocupación montiniana. Recuerden que en el II Congreso del Apostolado de los Laicos de 1957, Pablo VI pronunció aquella famosa frase: "Lo sagrado y lo profano deben estar en una determinada relación en este mundo. Lo sagrado, para ser comunicado sin corromperse. Lo profano, para ser elevado sin ser alterado en su constitución natural." Lo sagrado, para ser comunicado sin que lo sagrado se corrompa; lo profano, para ser elevado sin que lo profano sea transformado en sus propias leyes. Una fábrica, por ejemplo, ha de seguir las leyes de la economía tal como son esas leyes; un poeta, antes que un poeta católico, ha de ser un buen poeta, como decía con una cierta ironía Thomas Merton; etc. Las cosas han de ser lo que son, pero elevadas y, podríamos decir, dirigidas hacia su finalidad última por esa comunicación del elemento de lo sagrado. Santificar y no alterar; comunicar y no corromper. "El mundo—dirá en el discurso de apertura—ha de ser servido, iluminado, santificado, no conquistado por la Iglesia."

En definitiva, yo creo que esta encíclica, tan personalmente montiniana, refleja, pues, esa preocupación suya por la relación entre la Iglesia y el mundo. Recuerden que en la vigilia del Concilio, el día 10 de octubre de 1962, la vigilia de la apertura de la primera sesión, el entonces Cardenal Montini daba, en el Campidoglio de Roma, en el Ayuntamiento de Roma, una conferencia, a la que los periódicos italianos de todas las tendencias le dieron muchísima resonancia, sobre la Iglesia y el mundo temporal. En ella prácticamente venía a sacar las últimas consecuencias de lo que podríamos llamar el "fenómeno Letrán", los acuerdos de Letrán de 1929, en que la Iglesia aparecía ante el mundo des-

pojada del elemento temporal, fiel servidora de la palabra de Dios y de la gracia de Dios, para poder comunicar con entera libertad al mundo eso que es cristiano, eso que es sagrado. Y de ahí deriva toda la misión de servicio y de pobreza de la Iglesia, dispuesta a comunicar al mundo lo que ella tiene, no una civilización o una cultura, sino lo que ella tiene, lo sagrado. Y por ahí discurre este fragmento de la encíclica. Por eso parece que Pablo VI está como llamado a ser el Papa de la libertad religiosa, aunque no se haya aprobado el esquema en la sesión tercera del Concilio.

El Concilio, estímulo también para la perfección de la Iglesia

El Concilio es también un estímulo para poner al día a la Iglesia. "El Concilio trata de acrecentar en la vida cristiana el carácter de autenticidad sobrenatural" (siempre ese carácter de exigencia moral, de perfección). El Concilio no trata de crear formas mundanas para la Iglesia, sino de acrecentar el carácter sobrenatural. Descubre o intenta descubrir nuevas expresiones de santidad; desea "hermosear y rejuvenecer el rostro de la Iglesia". Pablo VI concibe el Concilio como un estímulo en esa línea de la renovación o reforma eclesial.

Veán esas frases cortas y gráficas del discurso de apertura de la segunda sesión: los números 28, 31 y 32:

"Tenemos la esperanza de que el objetivo principalísimo de este Concilio ha de ser el de la así llamada reforma de la santa Iglesia" (número 28). "El Con-

cilio Eucuménico Vaticano II debe colocarse, a nuestro parecer, en ese orden esencial querido por Cristo" (núm. 31); o sea, en ese orden de rejuvenecimiento. "Solamente después de esta obra de santificación interior, la Iglesia podrá mostrar su rostro al mundo entero diciendo: "El que me ve a mí, ve a Cristo". Bajo ese aspecto, el Concilio tiene que ser un despertar primaveral de inmensas energías espirituales y morales, latentes en el seno de la Iglesia. Sí, el Concilio tiene de a una nueva reforma" (núm. 32).

Y para eso—nótenlo bien, porque esto va a tener una trascendencia práctica muy grande—, para eso ya en la encíclica se prevé no sólo la obra conciliar, sino la obra de las comisiones postconciliares. La encíclica no se olvida de decir que la obra de renovación la van a realizar no sólo la gran asamblea, sino esas pequeñas asambleas, como el "Concilium ad exequendam sacram liturgiam" y las otras comisiones postconciliares, "de ecumenismo", "de reforma de la curia romana", etc., que se puedan ir creando. Porque el Concilio va a ser, como si dijéramos, la gran asamblea que dará las grandes líneas, y esas comisiones postconciliares serán los instrumentos de ejecución, junto con los dicasterios del gobierno ordinario de la curia romana.

Notemos, finalmente, en esta subparte, que esa reforma o renovación de la Iglesia va a tener un gran aspecto positivo; porque dice el Papa que, gracias a Dios, este Concilio y esta actitud renovadora no se tienen para desarraigar herejías, que, gracias a Dios, no existen, sino para intensificar la vida del Cuerpo Místico.

Los criterios equivocados para la reforma de la Iglesia

Y ahora, de una manera muy breve, vamos a ver los criterios equivocados de reforma. Esto lo tienen en los números 43 a 50.

No toca a las estructuras fundamentales de la Iglesia

En primer lugar, la reforma no atañe a las estructuras fundamentales de la Iglesia, a lo que Cristo fundó, a lo que es la esencia constitutiva de la Iglesia católica. Siempre en la Iglesia habrá clero y laicado; siempre habrá jerarquía y fieles; siempre habrá palabra de Dios y sacramentos; etc. De esto no hay por qué hablar. No podemos entonces acusar de infidelidad a la amada Iglesia. Aunque esa Iglesia sea, según Rahner, "esa pecadora que está ahí como una pobre acusada ante el Señor"; pero esa pobre pecadora podemos decir que ha sido también esa virgen fiel del Evangelio de San Mateo, que ha mantenido siempre encendida la lámpara de la fe. Y eso Pablo VI también gustará de decirlo, para no hacer injusticia a la Iglesia. Ella ha sido la esposa fiel, aunque penitente; ella ha sido la que siempre ha mantenido la doctrina del Señor. De manera que dice con un cierto énfasis: "¡Oh, no es orgullo, no es prevención, no es obstinación, no es locura, sino luminosa certeza y gozosa convicción la que tenemos de haber sido constituidos miembros vivos y genuinos del Cuerpo de Cristo, de ser auténticos herederos del Evangelio de Cristo, de ser continuadores directos de los Apóstoles, de poseer el gran patrimonio de verdades y costumbres que caracterizan a la Iglesia católica tal cual hoy es la herencia intacta y viva de la tradición originaria

apostólica. Si, esto constituye nuestro blasón o, mejor, el motivo por el que debemos dar gracias a Dios siempre; constituye también nuestra responsabilidad ante Dios mismo, a quien debemos dar cuenta de tan grande beneficio", etc.

También en el discurso de apertura—noten que los temas son muy paralelos—expresaba esta misma idea: "No es, pues, la reforma que pretende el Concilio un cambio radical de la vida presente de la Iglesia, o bien una ruptura con la tradición en lo que ésta tiene de esencial y digno de veneración, sino que, más bien, en esa reforma se rinde homenaje a esa tradición, al querer despojarla de toda caduca y defectuosa manifestación para hacerla genuina y fecunda."

En definitiva, a través de estos criterios negativos, descubriremos que el único criterio positivo de reforma de la Iglesia es el criterio cristológico; es Cristo el criterio de reforma. La Iglesia debe parecerse a Cristo, debe encontrar en Cristo mismo la inspiración de toda su renovación actual. En este sentido está también la invocación de este discurso de apertura: "La inspiración y la meta de la reforma es Cristo, El solo."

El arqueologismo

Segunda tentación o segundo criterio equivocado de reforma: el arqueologismo.

Es muy curioso: siempre ha habido una tentación de arqueologismo en la Iglesia. Yo recuerdo haber leído que en el siglo pasado Montalembert le escribía en una carta a dom Guéranger, el gran pionero de la reforma litúrgica: "Mi querido dom Guéranger; hemos de reconstruir hoy en día una pequeña reproducción de nuestra amada Edad Media."

Pues no es exactamente así; no se trata de volver a la Edad Media ni de volver a las catacumbas. Dice el Papa: "No se trata de reducir el edificio de la Iglesia, que se ha hecho amplio y majestuoso para la gloria de Dios, como magnífico templo suyo, a sus proporciones iniciales mínimas, como si aquéllas fuesen las únicas verdaderas, las únicas buenas." O sea, aquí debemos dejar el romanticismo de lo que sería una vuelta a los orígenes según la letra, no según el espíritu. Debemos aceptar sin añoranza que estamos en 1964; debemos aceptar el desarrollo de este grano de mostaza que ahora es árbol, que ahora son quinientos millones o los que sean (no son doce más la Virgen). Hay que aceptar no sólo un desarrollo dogmático, sino incluso un desarrollo vital de la Iglesia, un progreso dogmático y vital. Hoy día la moral está más precisa que antes; hoy día en la Iglesia hay una serie de instituciones fruto de un organismo que vive. No se trata constantemente, pues, de hacer una obra restauradora, como la que se hace, por ejemplo, en los museos. La Iglesia no es un museo; ¡ni siquiera el Vaticano es el Museo Vaticano!"

La vía carismática

Tercera tentación: la vía carismática. Léase 1.ª Corintios, 12, 4-11, y se verá que la vía carismática, o sea, los carismas, tienen una función muy precisa en la Iglesia. Los carismas renuevan la vida de la Iglesia, pero no las estructuras. La reforma de estructuras hay que dejarla, hay que confiarla a una renovación de tipo, al mismo tiempo que místico, de tipo jurídico. Ha de ser el Papa, con los Cardenales y con la curia y con todos los Obispos, toda la Iglesia en sus expresiones jurídicas, los que cambien o modifiquen las estructuras. No puede dejarse esto a lo que el Papa, incluso con una cierta ironía, dirá la "vía carismática", "como si fuese nueva y verdadera aquella expresión eclesial que naciese de ideas particulares—fervorosas, sin duda, y tal vez persuadidas de que gozan de la divina inspiración—, introduciendo así sueños arbitrarios de renovaciones artificiosas en el diseño constitutivo de la Iglesia". La Iglesia católica no es lo que yo pienso, sino lo que "nosotros" creemos: lo que el Papa, los Obispos, todo el que está en comunión con Roma cree; y nuestra fe es la fe de la Iglesia, y la Iglesia está constituida por lo que Cristo fundó y por esa estructura que responde no a una opinión privada, particular, sino a la voluntad fundadora del Señor.

En este sentido vean qué matizada es la expresión del Papa, presentando un criterio de objetividad: "Debemos servir a la Iglesia tal cual es (tal cual es, no como soñamos), y amarla con sentido inteligente de la historia." No tan sólo decir: la Iglesia es así y lo será "in aeternum". En sus estructuras accidentales puede variar, y entonces hemos de tener un "sentido inteligente de la historia"; dirigido ese sentido de la historia por "la humilde búsqueda de la voluntad de Dios". No basta decir: el derecho canónico hoy dice esto. Mañana puede decir lo otro sí, con sentido inteligente de la historia y no con una actitud rebelde o particularista, sino con una inteligente búsqueda y humilde búsqueda de la voluntad de Dios, la Iglesia dice, pues ahora sí.

La mundanización

Cuarta tentación: la mundanización, "il fascino de la vita profana". Sobre to-

formismo con el mundo, con la moral del mundo, con los criterios del mundo, etc.

Si ustedes cogen—esto es al margen de la encíclica, pero creo que tiene mucha relación con ella—; si ustedes cogen, por ejemplo, el principio de la segunda carta a los Corintios, se encontrarán con que hay en ella una serie de palabras nuevas que significan realidades cristianas nuevas; porque lo cristiano en este mundo aparece como lo original. En un mundo del imperio romano o de la estructura actual del mundo, lo cristiano aparece como algo absolutamente nuevo, y los apóstoles, Pablo sobre todo, tienen que crear palabras nuevas para enseñar esas realidades nuevas: **hermanos, gracia, caridad, escatología, apóstol, santos**. Todo eso son palabras, presentado bajo el aspecto del con-nuevas que enseñan realidades nuevas. Porque la Iglesia es algo original en este mundo. La Iglesia no puede quedar absorbida, mediatizada, por este mundo. Lo cristiano es lo originalmente nuevo frente al mundo. En el campo filosófico—dice el Papa—, la moda no puede suplir el amor a la verdad; en el campo práctico, la moral no puede hacerse incierta.

El naturalismo

Quinta tentación: el naturalismo, que es una variante de la anterior. El naturalismo amenaza viciar eso original cristiano, eso que es autóctono, irreductible. Un pagano no sabe lo que son los "sancti". "Sancti", ¿qué querrá decir? Santos o elegidos de Dios, ¿qué es eso? Eso es una categoría nueva en este mundo. ¿Qué quiere decir "hermanos" en ese sentido espiritual? ¿Qué quiere decir "gracia", "caridad"? ¿Qué es eso? Pues el naturalismo tiende a absorber en beneficio suyo, en beneficio de lo natural, todo lo que es sobrenatural, todo lo que es sagrado. Lo sagrado ya no se comunicaría al mundo, sino que sería absorbido por el mundo y despojado de su misma virtualidad: la sal sería insípida. Entonces hay aquí en la encíclica un aviso, un toque de atención para el natu-

ralismo práctico del clero joven o de los religiosos jóvenes, que querrian confundirse, en cierto modo, con las formas mundanas so pretexto de un mayor apostolado. En toda la encíclica del Papa Montini hay un perfecto balanceo entre la afirmación y la negación, y aquí, si se da un toque de aviso al clero joven para que no quede en una esfera naturalista, la absorción por lo mundano, hay también una frase muy bonita para que el cristiano sea audaz en querer salvar al mundo desde lo sagrado. Y dice: "El mundo no puede ser salvado desde fuera." Esa frase "el mundo no puede ser salvado desde fuera", equilibra ese toque de aviso que da el Papa a lo que podríamos llamar una actitud que, por abierta, vendría a ser mundana o naturalista. Y así, dice: "¿No es, acaso, verdad que frecuentemente el clero joven o también algún celoso religioso, guiado de la buena intención de penetrar en la masa popular o en grupos particulares trata de confundirse con ellos en vez de distinguirse, renunciando con inútil mimetismo a la genuina eficacia de su apostolado?" Lo que se trata es de ser Cristo, no de ser mundo. Por eso invoca aquella oración de Cristo: "No ruego que los saques del mundo, sino que los guardes del mal."

Siempre la Iglesia ha tenido el riesgo de confundirse: con el mundo del Renacimiento, con el mundo de la Ilustración, de la burguesía capitalista, del totalitarismo, etc. Siempre ha habido esa tentación del mimetismo. En el momento actual tenemos todos la tentación de, por querer ser modernos, ser como la sal que se disuelve, y que no se distinga de los criterios, de las formas de vida de este mundo.

El inmovilismo

Finalmente, el inmovilismo. Ya está condenado cuando Pablo VI sienta la distinción entre la Iglesia en su expresión terrestre y la Iglesia en su ideal, tal como está en Cristo. Esto condena el inmovilismo. La Iglesia está siempre en camino, siempre en marcha hacia su propia perfección, hacia su propia meta que es el Señor.

Los criterios positivos para la reforma de la Iglesia

Frente a esto, los criterios positivos de reforma.

La conversión profunda a Cristo

El criterio positivo de reforma principal es el de la epístola a los filipenses (2,5): "Sentid en vosotros los mismos sentimientos de Cristo-Jesús", el criterio cristológico, la conversión a Cristo.

El Papa dice: "No sólo cambiando leyes exteriores, sino cambiando los espíritus, por la "metánoia", por la conversión interior."

También en el Concilio de Trento, al lado de un cardenal Caraffa, que confiaba mucho en las estructuras de orden jurídico, estaba aquella otra tendencia, que tal vez en el Concilio de Trento no llegó a todo lo que podía dar de sí. Aquella tendencia que, por una parte, representaban cardenales de indole un tanto liberalizadora, como Pole, y por otra parte, representaban los místicos, los santos, Juan de Avila sobre todo. Erasmo lo hubiera podido ser si no hubiera quedado bajo ese aspecto un poco en el campo naturalista. Pero, en cambio, los santos representaban ese aspecto de re-

novación interior, no solamente por vía jurídica, sino por vía espiritual.

Y esto nos lleva hacia el criterio principal, que es, como decía, la identificación con los sentimientos del Señor, la fidelidad al Evangelio del Señor, que nos hará dignos de caminar por el "camino estrecho". (Es un párrafo un poco duro este del núm. 50, pero hay que leerlo y hay que asimilarlo, porque realmente pertenece a lo que podríamos llamar "el grueso" de todo ese organismo espiritual de la actitud de reforma, de la actitud de renovación.) No se trata de desparramarse, sino de recogerse en el verdadero espíritu del Evangelio, siendo fieles a la eterna llamada del Señor tal como está contenida en su Evangelio, para que así se pueda realmente cambiar el espíritu, cambiar la mente, renovarse y seguir ese "camino estrecho", que no es del mundo aunque está en el mundo y que lleva a la reforma.

Dejando ahora un poco esto, pasamos a los dos aspectos de renovación, que es una cosa realmente muy importante. El Papa ha repetido en la encíclica que él no quiere tratar las cuestiones al por menor—eso lo hará el Concilio—, sino

que quiere preparar los espíritus. Y dice que hay dos cosas, dos órdenes de virtudes que deberían preparar plenamente nuestro espíritu, y es el espíritu de pobreza y el de la caridad.

Espíritu de pobreza

Da toda la impresión—sea dicho con reverencia—que el aspecto de la caridad queda en la encíclica como puesto ahí sistemáticamente; como queriendo decir: veis, esto es muy importante, pero no lo tratamos. Realmente dice sobre la caridad lo mismo que dice el capítulo XIII de la 1.ª Corintios, y vuelve a decir que es el aspecto primordial de la vida cristiana, pero no desarrolla el tema.

En cambio, sobre la pobreza, de una manera muy breve, recoge todo lo mejor que en una carta pastoral que publicó siendo arzobispo de Milán había dicho ya. Es como una pequeña "miniatura" sobre el espíritu de pobreza: Es necesaria porque está en la entraña del Evangelio (la pobreza). Es necesaria hoy porque está amenazada por el mundo actual. (Está como amenazada por la economía de consumo, etc., ya que parece que uno de los ideales del hombre podría ser ese: tender siempre a un mayor consumo, a una mayor comodidad y mayor tenor de vida, pero en una esfera cuantitativa, no mejorando su espíritu, sino rodeándose de bienes.) Es necesaria—esto es muy importante, y tal vez se podría matizar el sentir del Papa, pero yo voy a dar lo que me parece que es la interpretación—, es necesaria para hacernos comprender nuestros errores del pasado. Con eso el Papa quiere decir que a veces la Iglesia, por falta de espíritu de desprendimiento y de pobreza, no ha dado todo el rendimiento espiritual que como semilla, como grano de mostaza, podía haber dado en este mundo. Y es necesaria la pobreza para crear un estilo nuevo, un tenor de vida y un método mejor para anunciar el reino de Cristo. Esto es muy importante. O sea: si queremos de verdad anunciar el reino de Cristo a nuestro mundo, debemos emplear—lo dirá en seguida—los medios ligeros, los medios pobres; no el dinero o el poder de este mundo, sino la fuerza de Dios más que la potencia económica del mundo.

Como esto es un poco importante, lo vamos a leer: "Aludimos primeramente al espíritu de pobreza. Creemos que él está de tal manera proclamado en el santo Evangelio, tan en las entrañas del plan de nuestro destino al reino de Dios, tan amenazado por la valoración de los bienes en la mentalidad moderna (creemos) por otra parte, que es tan necesario para hacernos comprender tantas debilidades y pérdidas nuestras en el tiempo pasado y para hacernos también comprender cuál debe ser nuestro tenor de vida y cuál el método mejor para anunciar a las almas la religión de Cristo, y que es, en fin, tan difícil practicarlo debidamente que nos atrevemos a hacer mención explícita de él en este nuestro mensaje" (han visto, pues, que en ese análisis que he hecho casi he repetido a la letra lo que él dice), "no tanto—sigue el Papa—porque Nos tengamos el propósito de dar especiales disposiciones canónicas a este respecto" (insiste otra vez en lo mismo, no porque él quiera dar unas leyes que ya lo den todo por hecho), "sino para pedirnos a vosotros, venerables hermanos, el aliento de vuestro consentimiento, de vuestro consejo y de vuestro ejemplo." "Esperamos que vosotros, que como voz autorizada interpretáis los mejores impulsos, en los que palpita el Espíritu de

Cristo en la santa Iglesia, nos digáis cómo deben los pastores y los fieles adaptar hoy a la pobreza el lenguaje y la conducta: "tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús" (Filipenses, 2,5), y aquellos criterios directivos que deben fundar nuestra confianza más sobre la ayuda de Dios y sobre los bienes del espíritu que sobre los medios temporales" (la propaganda, el dinero, el poder—esto lo añado yo, pero creo que si algo quiere decir "medios temporales, quiere decir esto—), "y que deben recordarnos a nosotros y enseñar al mundo la primacía de tales bienes sobre los económicos y los límites y subordinación de su posesión y de su uso a cuanto es útil para el conveniente ejercicio de nuestra misión apostólica." Hay tal densidad aquí de doctrina, que sería preciso un análisis para ver todo lo que hay.

Los bienes de la pobreza

Por lo tanto, la pobreza es necesaria por tres cosas: por afinidad con los sentimientos de Cristo, y eso nos llevará a una primacía de lo sobrenatural y a emplear los medios pobres, confiando en la ayuda de Dios. Segundo, supone una liberación interior frente al complejo desarrollo moderno; nos da una libertad interior, la libertad del espíritu. Y ahí viene toda esa "ética ante los bienes de consumo", que dice Rahner en sus "Marginales sobre la pobreza y la obediencia". Ante un mundo abocado no ya a una carrera de armamentos, sino a una carrera de posesiones, de posesiones concretas de los bienes de este mundo, el cristiano, sin renunciar y sin minusva-

lorar todo el proceso de desarrollo del mundo actual, al contrario, valorizándolo e insertándose en este desarrollo que el mundo ha de tener (y esto no es alusión a ningún plan concreto, sino a lo que, podríamos decir, la actitud del mundo frente a los países subdesarrollados y frente a las regiones del subdesarrollo), pues, valorando en lo que se merece e insertándose en esa corriente de desarrollo, el cristiano ha de mantener una actitud limpia, libre, ante lo que podríamos decir el demonio de la ambición o de la excesiva posesión de los bienes. Una cosa es, pues, el desarrollo económico del mundo y otra cosa es el uso de las riquezas, que nos ha de dar esa liberación interior.

Y, finalmente, es necesaria la pobreza para hacernos más sensibles al fenómeno de la pobreza y de la indigencia.

Creo que realmente es muy importante esto y conviene que vayamos al texto de la encíclica: O sea, el cristiano con espíritu de pobreza "da a la riqueza y al progreso que ella puede engendrar la justa y a veces severa estimación que le conviene", pero da también "a la indigencia el interés más solícito y generoso". O sea, el espíritu de pobreza da una especial sensibilidad para comprender, por una parte, el desarrollo necesario para el mundo de hoy, y por otra parte, la situación de indigencia en que se encuentra todo ese mundo del subdesarrollo.

Sobre la caridad no digo nada, porque es cosa muy sencilla y parece que no es propósito del Papa dar una doctrina general sobre la caridad.

María, imagen de la Iglesia

Y, finalmente, la segunda parte de la encíclica acaba con "María, imagen de la Iglesia". Ella es el ideal "de humilde y profunda plenitud cristiana". Por lo tanto, María es la meta, en cierto modo, de la reforma de la Iglesia. Aquella a quien se debe asemejar la Iglesia reformada, es María; María llena de caridad, María pobre ("la femme pauvre", que decía Leon Broy). Ella es, pues, la que ha profundizado más en lo que distingue

el ideal cristiano. Ella es la Iglesia ideal, en cierto modo. Esa Iglesia ideal que está en el designio de Dios, en el fondo es María. No sería difícil encontrar en Santo Tomás de Aquino esta visión de que la Iglesia ideal, la Iglesia definitiva, coincide, en el fondo, con los rasgos de María.

Es, pues, este himno a María el final de esta segunda parte de la encíclica y el final también de esta charla.

ULTIMA NOVEDAD DE LA BAC

LA VIDA RELIGIOSA

por Antonio Royo Marín, O. P.

En esta nueva obra, séptima de las publicadas por el P. Royo Marín en la BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, se exponen los tres aspectos fundamentales—canónico, teológico y místico—de la espiritualidad específica de la vida religiosa.

Complemento de la *Teología de la perfección cristiana*, del mismo autor, está destinado este nuevo volumen a ser el libro de cabecera del religioso y de cuantos se interesan por la perfección cristiana en cualquier estado o género de vida.

Brillan una vez más en este volumen de la B. A. C. las características ya conocidas del autor: solidez doctrinal, precisión teológica, estilo transparente, claridad continua y unción religiosa.

XII + 664 páginas. En tela, 115 pesetas. En plástico, 135

Pídalo a su librero, y si no la tiene, a
LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.
Mateo Inurria, 15.—MADRID-18

BAC 244